

que Dios nos quita ó esconde su gracia y consuelos espirituales.

MAESTRO. De esa materia tengo dicho demasiado, y no querría excederme en lo prometido, que es brevedad; con ella te diré las razones que los Santos han hallado para el desamparo, oscuridad y niebla interior; que algunas veces es de manera, como si en toda la vida no hubiese el alma gustado de Dios ni tenido conocimiento de él. Henrico Harpio, profundísimo teólogo, y en el ejercicio de la mística teología muy instruído, dice que quitar nuestro Señor á sus amigos la espiritual consolación y la alegría sensible de que suelen gozar en su presencia, procede, lo primero, de una amorosa indignación, y, como si dijésemos, celos, que es cuando Su Majestad ve que nos convertimos con afición á las criaturas, ó que nos deleitamos por algún tiempo, aunque muy breve, fuera de Él; que luego, como tan celoso, nos quita la gracia de la devoción que nos había dado, para que sintiéndose nuestra ánima sin ella, venga en conocimiento de su culpa y de su infidelidad, y, prometiendo la enmienda y satisfacción debida, obligue á su Esposo á que, desenojado, la reciba en su amistad; el cual, ninguna otra cosa desea más que ser amado. Y es cierto que cuanto más profunda y entraña-

blemente junta Dios á sí una alma, tanto más pura la quiere en su amor; y cuanto más pura la tiene, tanto más facil es de enojarse contra ella, si no corresponde con el debido agradecimiento á tanta merced; que, como Él mismo dice en su Evangelio: «Á quien más se le da más se le ha de pedir, y ménos á quien no tiene tanto». La segunda razón del desamparo es, porque sepan los que sirven á Dios que no por sus buenas obras, ni por sus ejercicios espirituales, merecieron ser visitados, consolados y recreados con la gracia de la devoción, sino por sola la liberalidad de Dios, que quiso hacerles ese regalo, como tan bueno y misericordioso, y por este camino aprendan á no complacerse en los dones de Dios como en hacienda suya, ni con descuido se relajasen, pensando que ya no les importa trabajar y ser solícitos en la virtud, como sea verdad que está su vida en perseverar en el centro de la humildad, y nunca cesar en el ejercicio y aprovechamiento interior.

### § VIII.

De una virgen llamada Clara se dice, que por una pequeña tentación de vanagloria que tuvo, le fué quitada por espacio de quince años consecutivos la gracia de la consolación

y regalo interior de que solía gozar, aunque para que se le restituyese ayunó muchas veces en este tiempo y derramó infinitas lágrimas, y perseveraba en oraciones muy prolijas. Otra causa del desamparo es, para que en él conozca el alma la tibieza y flojedad suyas en los ejercicios del amor y obras virtuosas, y de aquí se haga más solícita para pedir y buscar esta gracia y relieves del cielo; sin lo cual ni se puede aprovechar en las virtudes ni perseverar mucho tiempo en el bien adquirido. Algunas veces, y sea la cuarta razón, tiene Dios respeto á la salud y fuerzas corporales; porque como la naturaleza sueló, con la mucha devoción sensible, llegar á debilitarse tanto, especialmente cuando el influjo del espíritu es muy violento y el corazón desea satisfacer mucho á la gracia, que así, abundantemente, se le comunica, que le faltan las fuerzas y es lastimada y herida en el corazón, á donde el ímpetu de los deseos hace bullir y hervir más la sangre vital, y en los débiles de cabeza en el cerebro; entonces el Espíritu Santo acude y modera aquel ímpetu y ardor, y aquellas crecientes de la divina gracia, para que recreado el hombre tome aliento y se haga habil para recibir nuevas mercedes de su Esposo. Algunos hay que cuando se sienten así desamparados, y que Dios les ha qui-

tado el consuelo, queriendo, como indiscretos, recobrar por fuerza esta gracia, que se da por voluntad divina, cuanto más trabajan en ello, tanto más se alejan de todo sentimiento espiritual; y como con impaciencia se esfuerzan y trabajan impetuosamente en esta obra, lastiman y dañan el corazón, y le dejan casi imposibilitado de remedio, como suele acontecer en la vihuela, que si la estiráis mucho las cuerdas vienen á quebrarse y á no ser de provecho. De aquí nace el no quedarles poder sobre las fuerzas inferiores del ánima, que tienen sus raíces en el corazón, ni á sentirse alguna resistencia en la parte irascible y concupiscible; por lo cual les parece, aunque no es así, que consienten en todos los males y tentaciones de los enemigos, mundo, demonio y carne. De aquí también que les provengan grandes tribulaciones, y sean tentados de desesperación, ceguedad de entendimiento, dureza de corazón, perversión de la voluntad y una infernal envidia; lo cual todo pasa, al parecer, en el hombre inferior ó parte sensitiva; porque en las fuerzas superiores, que no están atadas á los órganos del cuerpo, se halla alguna resistencia, y sucede que cuanto el conocimiento de Dios y el amor á Su Majestad fué mayor en el tiempo de la afluencia y bonanza, tanto es mayor la aflicción y aprieto

del ánima en la porción superior, por la perversidad y malicia que reina en las dichas fuerzas inferiores, ya enflaquecidas y casi rendidas con la tentación de cada día. Y ¡cómo se aflige un alma cuando después de haber gustado de la suavidad de Dios, se ve rodeada de tentaciones mucho más feas, sucias y abominables que las que sintió ó sufrió en el estado primero de perdición! Todo este mal se origina en muchos de haber dañado, como ya dije, el corazón, y dejádole inhabil, con su indiscreto forcejear por la gracia, para los antiguos y saludables ejercicios, é imposibilitado para volver á su orden natural y sosiego en que antes estaba.

### § IX.

DISCÍPULO. Bien sé que será impertinente mi pregunta en este momento; pero corregirla há tu mucha discreción y sabiduría, y yo saldré de una duda que tengo. Dicen algunos que hay gula espiritual ó demasiá en las cosas del espíritu; ¿es así, padre mío?

MAESTRO. Así es, como lo has oído; y de ahí suele venir también la sequedad y el desamparo, y otros males sin cuento. Hallarás personas tan afectuosas y amorosas, y no sé si diga sensuales, que si se arrojan á querer,

es con tanto ímpetu y furia, y derrámanse de tal manera amando, que muy presto vienen á desfallecer en las demas fuerzas del ánima y á dañar notablemente la naturaleza. Y cuando sucede convertirse dentro de sí á Dios, como hallan en Él tantas y tan fuertes razones para ser amado, y Él es tan generoso remunerador del amor que se le ofrece en los tres ó cuatro primeros años de su conversión, ayudados por una parte de su naturaleza, que es afectuosa, y por otra de la gracia sensible y de la devoción, que es en tanta abundancia; así se embriagan, y tan golosos se hacen con el sentimiento sensual de que cada día gozan, que de ninguna otra cosa hacen caso, ni se quieren ocupar en saberla, ni en trabajar por mortificar sus pasiones, ni en adquirir virtudes, ni en conocer el divino beneplácito para seguirle, sino en cómo gozarán más y más de aquella su sensible devoción, en la cual sola ponen toda su felicidad y quietud; y hácese con esto tan odiosos á Dios que, puesto que dilata por algún tiempo el quitarles estos gustos, por ver si, recreados y regalados, vuelven sobre sí al conocimiento y amor de tan liberal bienhechor; viendo que la dilación del castigo los engolosina más, porque la naturaleza corrupta siempre se aviva más para lo vedado, como se ve en el ca-

sado que codicia y ama con doblado amor á la amiga, aunque de muy pocos merecimientos, que á la mujer propia siendo de muchos; quítales esta gracia sensible ó sensual, y como no echaron raíces en la virtud, ni pusieron el verdadero y firme fundamento de la humildad y mortificación y negamiento de sí mismos, facilísimamente pierden la paciencia y procuran violentamente recobrar aquella devoción, de que son privados con admirable providencia del cielo; y no tratan, como digo, de negarse, ni piensan en si sus culpas fueron causa de esta calamidad para enmendarlas; y así, cuanto más trabajan por alcanzar lo que justamente perdieron, más secos y sin espíritu quedan; más impacientes y más lejos de aprovechar en la vida espiritual. Y de aquí les nace amargura de corazón y un tedio ó enfado de la vida, que á sí mismos y á los con quien tratan son pesados y molestos, y poco á poco comienzan á caer en cosas mayores; son duros, obstinados, impacientes, mal sufridos, ciegos en cosas muy claras, y no sienten de Dios como solían, y al fin viven en un estado peligrosísimo y muy llegado á desesperación, de que nos libre Dios por su misericordia, amén.

DISCÍPULO. También dan los Santos por causa del desamparo el conocimiento que

Dios quiere que tengamos de que no en la gracia sensible, devoción y amor tierno consiste la santidad verdadera y perfecta caridad.

MAESTRO. Tienes razón; porque semejantes gustos y ternuras pueden provenir de la pura y sola naturaleza, sin tener que ver en ellos la divina gracia. Así lo experimentamos los años pasados, no sin grande ofensa de la virtud y religión cristiana, en los alumbrados de Extremadura y en sus discípulos, que se arrobaban y sentían gustos tan excesivos, que se enflaquecían y debilitaban, y les faltaban las fuerzas corporales, y quedaban muchas veces yertos, y los miembros inmóviles y helados, y ellos sin ningún sentido; aunque yo para mí tengo, que no eran obras éstas de sola naturaleza, sino que obraba juntamente el demonio; el cual les revolvía y meneaba la sangre con tanto gusto, que hacía salir de sí, ó que pareciese que salían, aquellas desventuradas almas, soberbias y sensuales, y que sólo se buscaban á sí mismas. Por lo cual te digo, que no son más santos, ni mejores, los que más sentimientos tienen, según la sensualidad, en la devoción y amor; sino aquellos que saben levantar su afecto ó fuerza amativa sobre todas las cosas, sobre todo sentido y sensualidad, en el desnudo y esencial amor de Dios; y éstos son los que, con el Apóstol,

saben abundar y padecer mengua. Cuando el Espíritu Santo regala su cuerpo y su alma con amorosos sentimientos y gustos suavísimos, y se derrama y dilata sobre ellos como bálsamo y licor derretido con grande plenitud, recíbenlo con **h**acimiento de gracias y disponen de ello tan **pr**udentemente para gloria de Dios y **aprovech**amiento suyo, deseando referirlo todo **al** amor del liberalísimo Criador, como si **con** ansiosos é inflamadísimos deseos lo **hubieran** pedido á Su Majestad; mas si este **regalo** les falta, así se quedan quietos y resignados, como quien conoce bien que todo **dón** bueno y perfecto es de arriba, del Padre de las **luc**es, dado ó quitado por sólo su beneplácito **y** en aprovechamiento de sus criaturas. Esto **es** lo que dice Job: «Dios me lo dió y Dios me **lo** quitó; sea su nombre bendito y alabado».

§ X.

No reposes, hijo **mío**, en los dones de Dios, porque el sentimiento y el dolor se engendran en el alma, de quitársele aquello en que puso su consuelo y felicidad. Y el saber de abundancia y de mengua, como San Pablo dice que sabía, consiste en una indiferencia que ha de tener el alma para recibir de Dios así

lo adverso como lo próspero, y en una igualdad de corazón así en la pobreza como en la riqueza espiritual. La última razón del desamparo es, para que por este medio su alma sea probada y se haga de ella experiencia de si está tan aprovechada en los ejercicios espirituales, que pueda, sin la devoción sensible, permanecer entera en el servicio y amor desnudo de su Dios. Digo, para que me entendas, que el intento de Dios es, que te llegues á Él principalmente por Él, y no por sus dones; porque lo primero es amor puro, y lo segundo amor interesado y de bajo metal. Amando á Dios por Dios, verdaderamente se ama á Dios; y amándole por el dón, es amar primera y principalmente al dón, y secundariamente á Dios, y no más de en cuanto le sirve para alcanzar lo que desea y pretende, que es el contentamiento y el gusto sensible. Y porque la verdadera fidelidad en ninguna parte ni con ninguna cosa se prueba mejor que con la adversidad, quita Dios ó suspende en el alma que le ama toda la ayuda de costa que le ha dado de la gracia sensible, devoción y amor; y permite que se quede ella á sí misma desnuda y desamparada, sola, y en todas las cosas miserable. De manera que primero la desteta Dios del amor de toda criatura y la adjudica toda para sí, tan plenariamente, que

todo lo que no es Él, es cruz intolerable para ella; y la memoria suya de Él, es melodía para su corazón y su regalo único; y luego, tras esto, la arroja de sí, desnuda de todo consuelo y regalo espiritual. Asíéntase ella en este tiempo, hambrienta, entre dos mesas, conviene á saber: entre las consolaciones espirituales y sensuales; éstas menosprecia ella y aquéllas le niega su Esposo; lo cual ordena así el clementísimo Señor, para que el ánima aprenda á estar desamparada de toda ayuda y consuelo con igual y voluntario corazón, y dar gracias y bendecir á su Dios y guardarle fidelidad en todas las cosas, no atendiendo á su contento particular en ninguna, sino sólo al divino beneplácito. Y si persevera contenta en este desamparo, porque así lo quiere nuestro Señor, le es sin duda grandemente meritorio y sobremanera provechoso para el aumento de la vida espiritual, especialmente si destierra de sí la pereza y tristeza, y, finalmente, hace lo que puede. Y con esto no hay para qué gastar más tiempo en materia de tribulación, pues lo dicho basta para tener noticia de lo que más importa para vivir desengañado y para que salgas con mucha ganancia de cualquier conflicto en que Dios te quisiere probar para que puedas ver el Reino de Dios; que como creciendo las

aguas del diluvio el arca subió á lo más alto del mundo, tanto, que frisaba con las nubes, así le sucede al alma, que multiplicándose las tribulaciones y trabajos espirituales y corporales, es sublimada y levantada sobre sí y sobre todas las cosas criadas, y se le muestra y aun se le entrega el reino de Dios, que es la quietud y paz espiritual de que comienza á gozar dentro de sí en esta vida, acabadas las aguas del diluvio y muertos todos los enemigos de Dios, que ensuciaban la tierra de su corazón.

DISCÍPULO. Parece que te vas despidiendo.

MAESTRO. No querría, por hoy, tratar de otra cosa, porque me hallo cansado y aun sin tiempo para lo que queda, que es de la pasión de Cristo nuestro Redentor, cosa que pide mucho espacio y más espíritu y sentimiento que el que puede tener quien ha hablado tanto como yo; que aunque sean cosas santas y provechosas las que se hablan, si hay exceso, cansan y secan la devoción en el que dice y en los que oyen, lo cual tengo muy bien visto y experimentado en los sermones que, aunque muy elegantes y con espíritu dichos, en siendo más que de hora, nos dan en rostro los oyentes con que fuimos largos; y siendo por ventura y aun de ordinario mejores los fines que los principios y medios, y el vino mila-

groso que se sirvió á las bodas por remate de ellas, viene á dañar lo demas y á hacer que parezca vinagre. De manera que lo ménos bueno es bonísimo, siendo poco, y lo bonísimo, añadido á esto, lo destruye todo.

DISCÍPULO. Paréceme á mí que no está el daño en lo muy bueno que se dice después de la hora, sino en lo malísimo que se halla en los oyentes, cuyos estómagos tienen tan poco calor, que un bocado más de lo ordinario los opila y estraga, y estragan con esto lo que llamó Cristo pan de cada día sobresubstancial.

MAESTRO. La razón te sobra, y á mí la de callar por hoy; y mañana trataremos de la cuarta puerta del cielo, estrechísima por cierto, pero ciertísima, y por donde han entrado todos los que están en él, que es la puerta del Redentor de los hombres, Cristo; por ella entra el alma y sale, y halla pastos suavísimos y de gran sustento para sí. Entra á la divinidad, y halla lo que puede gustar, mas no declarar, porque todo ingenio es corto y toda lengua balbuciente y tartamuda para decir lo que se suele sentir donde no se habla, y si se habla, la lengua es el corazón y las palabras los deseos. Adios.

DISCÍPULO. Él vaya contigo y te consuele. Amén.



## DIÁLOGO QUINTO.

PUERTA CUARTA DE LA PASIÓN DEL HIJO DE DIOS,  
REDENTOR Y SEÑOR ÚNICO DE LOS HOMBRES.

### § I.

MAESTRO. Seas bien hallado, Deseoso.

DISCÍPULO. Y tú bien venido, Maestro, tan deseado de mi alma como lo es de los labradores el agua temporal cuando se tarda.

MAESTRO. ¿De dónde te ha nacido ahora ese deseo tan crecido?

DISCÍPULO. Del que Dios ha puesto en mí de oírte hablar de su pasión y muerte sacratísima. La cual pienso traer como ramillete ó manojillo de mirra en mis pechos, de noche y de día, según se escribe que la traía la Esposa.

MAESTRO. Buen pensamiento es ese y digno de Dios; y si tú cumples lo que te pide,